

Gilberto Owen, Jorge Eliécer Gaitán y Germán Arciniegas: una polémica desconocida

Antonio Cajero Vázquez

En este artículo, reconstruyo una polémica desconocida entre Gilberto Owen, Jorge Eliécer Gaitán y Germán Arciniegas en las páginas de El Tiempo hacia septiembre-octubre de 1935. Ofrezco, para ello, los pormenores a partir de la lectura minuciosa del periódico mencionado, así como los testimonios publicados in extenso, con el fin de que los lectores tengan una visión completa del incidente. Finalmente, considero que la polémica lleva a descubrir una cualidad de los Contemporáneos, en general, y de Gilberto Owen, en particular: el poligrafismo.

In this article I reconstruct the unknown controversy between Gilberto Owen, Jorge Eliécer Gaitán and Germán Arciniegas in the pages of El Tiempo from September to October 1935. For this purpose I offer the details starting from a meticulous reading of the above-mentioned newspaper along with the complete published testimonies with the purpose of providing the readers with a complete view of the incident. Finally, I consider that the controversy leads us to discover the attribute of polygraphism of the Contemporáneos in general and of Gilberto Owen in particular.

Desde su estancia en Toluca (ca. 1917-1923), Gilberto Owen colaboró con varias empresas editoriales; en algún sentido, ésta resultó una experiencia decisiva desde su llegada a Colombia en 1932 hasta su regreso a México en 1942. El rosarino participó en las revistas *Manchas de Tinta* (1920), donde aparece como secretario de redacción; el 3 de junio de 1922 publica el editorial “Nosotros” en *Raza Nueva*; finalmente, en *Esfuerzo. Quincenal ilustrado. Información, Cultura y Arte*, fungió como director y redactor en los dos números que alcanzó la publicación, el 17 de septiembre y el 8 de octubre de 1922

(Quirarte, 52). Esta primigenia labor periodística será el puerto de llegada del diplomático exiliado en Bogotá. Recuérdese que por lo menos hasta mediados de 1936 se mantuvo en el cuerpo de redacción de *El Tiempo*, como traductor de cables, cronista y articulista (García y Cajero); luego, de 1938 a 1942, reaparece como secretario de redacción de las revistas colombianas *Estampa*, *Estampa en la Guerra* y *Esfera* (Cajero).

Así, a partir del 16 de enero de 1933, en que Owen publica el artículo “Filipinas en su víspera”, *El Tiempo* será un punto de referencia para conocer atisbos de la vida bogotana del mexicano. La presencia de Owen en la emisión diaria del periódico y no sólo en el suplemento sabatino, *Lecturas Dominicales*,¹ representa un hallazgo poco valorado; sin embargo, se trata del punto de partida de una aventura que ninguno de los estudiosos de la vida y la obra de Owen imaginaba siquiera. La bienvenida, por ello, no podía ser más elocuente para quienes han curioseado sobre el enigmático polígrafo: “Con este artículo comienza la serie de artículos de nuestro colaborador Gilberto Owen para *El Tiempo*” (García y Cajero, 41). A sus facetas de poeta y narrador, el rosarino suma la del profuso inflador de cables y la del asiduo colaborador, ya como cronista, ya como articulista del matutino. La labor periodística durante casi una década confirmará el poligrafismo del, acaso, miembro más radical –desde la perspectiva política e ideológica– de los Contemporáneos.

Luego de múltiples colaboraciones en las planas de *El Tiempo*, Owen es considerado, por lo menos en dos oportunidades, entre los “empleados” del diario propiedad de “los Santos”, Eduardo y Enrique. La primera vez que aparece como parte de “La redacción de *El Tiempo*” ocurre el 20 de octubre de 1933, en los términos siguientes:

Con motivo del retiro del doctor Oliverio Perry –que siempre estará presente en esta casa y cuya hidalguía seguirá inspirando a sus compañeros– el cuerpo de redacción de este diario queda definitivamente así:

¹ En 1934 cambiará, primero, su nombre a Segunda Sección y luego el día de publicación: en vez de sábado, hacia finales de 1935 aparecerá los domingos.

REDACCIÓN: jefe de redacción, Alberto Lleras Camargo.

Cuerpo de redacción: Max Grillo, Jaime Barrera Parra, L. E. Nieto Caballero, Joaquín Quijano Mantilla, José Umaña Bernal, Germán Arciniegas, Federico Rivas Aldana, Rafael Guizado, Luis Enrique Osorio, Adolfo Samper.

Redactores en el exterior: en Nueva York: Carlos Puyo Delgado, Abraham Martínez, Walter R. Douglass, North American Newspaper Alliance. En París: Carlos Deambrosis Martins.

Jefe de los servicios de información: Ángel Jaramillo.

Relator del Senado, Antolín Díaz.

Relator de la Cámara: Gilberto Owen.

Redactores: Hernando Téllez, Jorge Santos Forero, Arcesio Zambrano, José Joaquín Jiménez.

Redactor deportivo: Antonio César Gaitán.

Redactores taurinos: Jorge Forero Vélez y Camilo Pardo.

Secretario de la dirección: Antonio María Sepúlveda.

Como un reconocimiento de las admirables cualidades de inteligencia, discreción y rectitud que ha mostrado en todo momento don Ángel Jaramillo, la dirección le ha confiado la jefatura de la sección de información, que en sus manos continuará siendo modelo de pulcritud y veracidad.

Al mismo tiempo que la separación del doctor Perry, *El Tiempo* lamenta vivamente que el puesto de honor a que ha llamado el gobierno al maestro Sanín Cano, lo prive de la colaboración semanal del más ilustre de sus redactores, cuyos editoriales abrieron el más hondo surco en la conciencia nacional y fueron aporte incomparable para la defensa de los altos intereses patrios.

Los miembros de la redacción están provistos del respectivo carnet. Ninguna persona distinta de ellos puede solicitar informaciones para *El Tiempo*. Ni el carnet da a quienes lo posean prerrogativas ningunas distintas de las de solicitar informaciones. (5)

Año y medio después, el 23 de mayo de 1935, Owen es nuevamente referido en una nota dedicada al “cuerpo de redacción” de este periódico ante algunas quejas de la ciudadanía, que estaba siendo engañada por reporteros apócrifos de *El Tiempo*:

Algunos altos funcionarios y numerosas personas nos han manifestado que existe un grupo de individuos que se dedican a buscar

informaciones en las oficinas y en las casas particulares a nombre de *El Tiempo*. Para evitar que esto siga sucediendo, avisamos que todos nuestros empleados tienen un carnet, con su retrato y autorizado por las firmas del director y el gerente, que los autoriza para solicitar información. Suplicamos, pues, que a toda persona que se presente en nombre de este diario se le exija la presentación del citado comprobante.

Nuestro cuerpo de redactores está formado actualmente por los siguientes señores:

Germán Arciniegas, José Umaña Bernal, Gabriel Montaña Camacho, Gilberto Owen, Federico Rivas Aldana (Fray Lejón), José Joaquín Jiménez, Antonio Ribera, Antonio Brugés Carmona, Camilo Pardo, Alfredo Gómez Venegas, Arcesio Zambrano, Ángel Jaramillo, Antolín Díaz y Antonio César Gaitán (cronista deportivo).

La página social está exclusivamente a cargo de la señora Inés Gutiérrez de Montaña. (5)

Para este artículo, resulta significativo que Owen todavía sea reconocido como redactor de *El Tiempo* en mayo de 1935; pero lo es más que en octubre de 1933 cumpliera una labor que lo pondría en el centro de una polémica por su calidad de extranjero: fue nombrado por la dirección de *El Tiempo* como relator de la Cámara de Representantes, mientras su gran amigo Antolín Díaz hacía mancuerna con él en la relatoría del Senado colombiano. Junto con Gabriel (El Gato) Montaña, Eduardo Zalamea Borda (Bordita) y Camilo Pardo (K-Milo), Antolín ocupaba un lugar especial entre las amistades de Owen. Además, acaso como muestra de la camaradería, regularmente Antolín aparecía no sólo en la misma página en que publicaba Owen, sino como objeto de las puyas owenianas.² Esta

2 Owen escribe en una carta del 6 de julio de 1948: “Antolín Díaz era mi compañero de galera en el periódico; ya un poco más sereno, de niño, este negro amigo mío había sido ayudante de un pastor protestante, e iba por las sierras del Chocó predicando; un domingo el pastor enfermó y Antolín le hizo honor a lo juguetón de su santo; se tomó media botella de aguardiente, y en su sermón anunció que el domingo siguiente, a las tres de la tarde, se acabaría el mundo; todos los campesinos se pusieron unos a rezar, y otros a gastar todos sus fondos. Cuando lo descubrió el pastor, Antolín salió huyendo hasta Bogotá” (Obras, 280). La saña con que Max Carón, en “La fundación de Puerto Eduvigis”, se refiere a Antolín no puede ser sino de factura oweniana: “Teníamos la pena de que el único trabajador negro era Antolín, y con menos decían negros no es bonito hacer fun-

responsabilidad confirma con creces el poligrafismo oweniano. No se olvide, por ejemplo, que el autor de *Perseo vencido* escribió un breve manual titulado *Sistema en serie para limpiar, mondar y seleccionar el cacahuate*, conservado en los archivos de la Secretaría de Relaciones Exteriores (Schneider, 116-119). En este sentido, la relatoría de los sucesos de la Cámara constituye un reconocimiento excepcional para un mexicano previamente expulsado del servicio diplomático por haber intervenido en la política de dos países sudamericanos: Perú y Ecuador. Como quien dice, este nombramiento resulta una patente de corso para la libre injerencia en política extranjera, pues *El Tiempo* tenía una clara tendencia liberal a la que el redactor debía responder. Más que una labor oficial (para ello había un cuaderno oficial de actas de la Cámara), constituía el registro de los eventos parlamentarios para lectores en plena formación ciudadana. Al mismo tiempo, este privilegio permitió a Owen seguramente aumentar sus exiguas percepciones económicas.³

EL PRETEXTO

Desconozco la fecha exacta en que Owen se hizo cargo de la relatoría de los debates parlamentarios, así como cuándo fue removi-

daciones. Y todas las frases de literatura teníamos que hacerlas en singular: ‘los ojos del negro eran unas fuentes luminosas, pero sin agua’; ‘el negro insolente y bravío, valido de su superioridad numérica, se tiraba como una flecha al blanco’; ‘toda comida era una merienda de negro’. Y así, a pesar de que Antolín, aunque es singular, vale por muchos”. (García y Cajero, 220)

3 En el número extraordinario del 7 de agosto de 1935, hay un reportaje denominado “Cómo se hace un número de *El Tiempo*”, donde se alude a la precariedad en que viven los periodistas: “Y por qué será que todos los periodistas carecen eternamente de dinero? Nadie lo sabe, ni nadie se preocupa de averiguarlo. Pero es la verdad. Es un problema más insoluble que la cuadratura del círculo. De este hecho puede dar fe el cajero, que soporta diariamente el pedido de vales de todo el personal de la empresa. Que haya alguna excepción en este punto nadie lo niega; pero a ese fulano nadie lo conoce, y si acaso existe debe ser clasificado como un auténtico fenómeno, o como un faquir en potencia” (6). En contraparte, uno de los comentarios editoriales escrito o pedido por los directivos del diario señala, el 8 de agosto, las condiciones privilegiadas de los periodistas en los años treinta, que ya no se conformaban con “ver su nombre en letras de molde”: “los escritores de hoy viven ya de la pluma, y han hecho de ella una profesión que, si no enriquece aún, por lo menos figura entre las más tranquilas y decorosas” (“La prensa de ayer y la de hoy”, 5).

do del cargo; sin embargo, parece que a mediados de septiembre de 1933 ya ostentaba el nombramiento. Esta labor lo llevó a participar en una polémica triangulada entre él, Jorge Eliécer Gaitán y Germán Arciniegas, hasta hoy soterrada en el diario al que ofrendó sus desvelos durante años: un accidente de trabajo, se diría. Según se desprende del artículo que Arciniegas escribió en defensa de Owen (*vid. infra*), la disputa empezó cuando éste, en su función de cronista de la Cámara, afirmó que Gaitán habría sido vencido en un debate ante el representante Mario G. Ruiz, en la sesión del 15, publicada en la emisión del 16 de septiembre de 1933, en los términos siguientes:

El representante Gaitán presentó una nueva proposición, por considerar que la anterior era anticonstitucional e inútil. La nueva proposición decía lo siguiente: “La Cámara de Representantes, en razón de la gravedad de la situación internacional presente, y de la necesidad de la cohesión de todas las fuerzas nacionales, resuelve: Considerar como oportuna la suspensión de los debates sobre el problema internacional”.

El representante Mario G. Ruiz demostró que Gaitán no tenía razón al considerar inconstitucional la proposición principal, y después de una magnífica exposición del representante Castro Martínez, que lamentó la ausencia de la minoría conservadora, que había abandonado ya el recinto casi en su totalidad, y principalmente la ausencia del representante De la Vega, quien prefiriera ir a servir de clack a Laureano Gómez en su escándalo en el senado, se aprobó la proposición final de que más abajo damos cuenta (15).⁴

4 Finalmente, la proposición con que el representante Mario Ruiz habría vencido al representante J. E. Gaitán quedó como sigue: “La Cámara de Representantes teniendo en cuenta que el artículo 34 del acto legislativo número 3 de 1910 otorga al presidente de la república la suprema dirección de las relaciones internacionales; que en el mensaje del excelentísimo señor presidente de la república envió en reciente ocasión a la cámara, hace presente la función constitucional que en esta materia le corresponde de acuerdo con el citado artículo; y que en razón de la gravedad que ofrece la presente situación internacional y de la necesidad de cohesionar todas las fuerzas nacionales, es preciso constituir patrióticamente un frente único, resuelve: Suspender el debate internacional que en la actualidad se adelanta en el seno de la Cámara, por considerar tal actitud de suma inconveniencia para los intereses nacionales. (Owen, “La mayoría”, 16)

LA OFENSA

Era la gota que anunciaba el desbordamiento del vaso. Que Owen haya interpretado que “Mario G. Ruiz demostró que Gaitán no tenía razón” no justificaba el airado reclamo de la sesión del 4 de octubre de 1933, en que Gaitán aparece como un xenófobo e intolerante resentido. Actitud injusta, sin duda, porque tan evidente fue la victoria de Ruiz sobre Gaitán que la proposición aprobada por unanimidad fue obra de aquél; mientras la de éste resultó argumentadamente rebatida, aunque formulada en un sentido parecido. Así, a 20 días de esta escaramuza, sale a relucir la llaga aún supurante. La Cámara debatía sobre las condiciones laborales con que operaba la United Fruit Company en Colombia cuando el malogrado político, Jorge Eliécer Gaitán, expresó una posición desafortunada, incongruente con sus declaraciones previas. Me pregunto si no habrá sido una *vendetta* por el atropello que los comunistas mexicanos infligieron a Gaitán, con naranjas y huevos podridos, unos meses antes en México (*vid. infra*). Léase el relato de Owen en que él mismo sale *raspado*, tal como aparece el 5 de octubre de 1933 en la páginas de *El Tiempo*:

El representante Anacreonte González lamenta que Gaitán no haya leído bien los estatutos que está criticando, y explica la forma en que la cooperativa tiende a proteger los intereses de los trabajadores. Por lo demás, manifiesta que se reserva a criticar la crítica [de] Gaitán en un discurso que dirá al día siguiente, pues no desea incurrir en el pésimo sistema de las interpretaciones aisladas. Está tomando notas del discurso del doctor Gaitán, dice, y lo combatirá punto por punto en su debida oportunidad.

Con este motivo, el representante Gaitán pide a la secretaría [de la Cámara de Representantes] que se tome nota exacta de sus palabras, y que los relatores tomen su discurso textualmente, pues desconfía de la relación que haya de publicar *El Tiempo*, la cual está encomendada a un redactor extranjero, mexicano, que no toma con exactitud nota de sus discursos, por antipatía inmotivada que le profesa. Se refiere al inconveniente de que ese mexicano esté empleado en un puesto que requiere la mayor imparcialidad, cual es el de relator parlamentario de un periódico de tanta importancia. (Owen, “Se inició el estudio”, 13)

Habría que preguntar por qué Gaitán habla de que Owen, el “redactor extranjero”, le profesa una “antipatía inmotivada”. Probablemente éste escribió y aquél leyó la mordiente nota “Dos incidentes sin importancia”, del 18 de febrero de 1933, que ironiza sobre el carácter explosivo del político colombiano, incapaz de toda diplomacia durante una misión diplomática: “El doctor Gaitán no tiene, desde luego, y no lo decimos sino en forma de elogio, el temperamento que necesita un diplomático”; luego, el cronista ofrece unas cualidades que más bien suenan a defectos en el contexto del viaje de Gaitán por Centroamérica, México y Estados Unidos; ante una multitud variopinta, el rector de la recién creada Universidad Libre de Colombia dicta una conferencia en el Anfiteatro Simón Bolívar de la ciudad de México a principios de 1933; recibe, en el transcurso, una lluvia de naranjas y huevos podridos, acaso porque se excedió con ejemplos personales que rayaban en la soberbia, primero, y luego porque ofendió a su auditorio, que por sus actitudes lo confundió con un enviado del imperialismo. Así, en la falsa vindicación de la nota citada, se achaca a Gaitán un “inflexible ánimo de polemista” y, con ironía, un “orgullo natural” que la gente confunde con “pedantería”. Como polemista, señala el anónimo redactor de *El Tiempo*, Gaitán resulta un egoísta que prefiere “buscar a quién derrotar, antes de conseguir a quién atraer. Especialmente el doctor Gaitán, que ha hecho una carrera política llena de prosélitos, que no lo siguen tanto por sus victorias y sus ideas como por las derrotas que inflige a sus enemigos y a las ideas ajenas”. (5)

Aunque a título personal y posiblemente con recursos propios, Gaitán salió de gira por América a defender la causa de Colombia en el conflicto de Leticia contra el Perú; no tenía por qué echarse al público encima; sin embargo, parece que le ocurrió lo mismo que frente a las afirmaciones de Owen: prefirió buscar a quién derrotar, aun a costa de caer en la descortesía y de contradecir sus propias convicciones y en contra del acuerdo, entre la nueva generación colombiana, de considerar a los hispanoamericanos como colombianos. El relato de Owen sobre el exabrupto de Gaitán, quien no toleró que Mario Ruiz se impusiera en el debate del 15 de septiembre de 1933 y, menos, que fuera redactado por un

extranjero, continúa con la inteligente participación de Germán Arciniegas, quien ampliaría sus argumentos dos días después en un artículo publicado en *El Tiempo*:

El representante Arciniegas hace una breve aclaración sobre el particular, manifestando que las ideas del doctor Gaitán debieran obligarle a abstenerse de hacer consideraciones sobre la extranjería de un mexicano, ya que se ha convenido en considerar a todos los hispanoamericanos no como extranjeros, sino como colombianos. Además, dice, en México hay periodistas colombianos que no sólo dirigen publicaciones en aquel país sino que además desempeñan puestos públicos. No se explica, agrega, la xenofobia del doctor Gaitán. (Owen, “Se inició el estudio”, 13)

LA DEFENSA

Como reacción frente a la acción xenofóbica de Gaitán, los colegas de *El Tiempo* dedicaron a Gilberto Owen varios escritos solidarios. El primero, anónimo, aparece el mismo 5 de octubre; el segundo, firmado por Germán Arciniegas, y el tercero y el cuarto, la constancia de la Cámara y la carta de Luis Enrique Osorio, se publican el 6 de octubre: este día Owen fue el personaje más mencionado de la prensa colombiana. En la argumentación del primer texto, “Un accidente de trabajo”, Owen aparece como huésped singular en Colombia al que “una circunstancia transitoria lo llevó a reemplazar en los relatos parlamentarios a uno de nuestros cronistas [Oliverio Perry]”, aunque no se dice exactamente cuándo. Lo genial de “Un accidente de trabajo” radica en que el anónimo defensor de Owen omite el nombre del agravante para evidenciarlo y aludir a él como “un representante”, en un giro que Borges aplaudiría como digno del arte de injuriar:

Para Owen no ha existido en todo el tiempo que ha estado entre nosotros un solo momento, distinto de los veinte minutos de la sesión de la Cámara que le dedicó ayer un representante, la sensación de extranjería que los intelectuales bogotanos no tuvieron ante él jamás, porque su carta de ciudadanía estaba en ser mexicano, y en ser poeta, que es una doble manera de ser simpático a Colombia.

Más al desnudo aparece el intolerante y xenófobo *representante* con el recuento de los huéspedes de México en la historia reciente, donde él se halla ostentosamente incluido como beneficiario de la hospitalidad mexicana: “Como el México que ha recibido a nuestros visitantes ilustres, como Nieto Caballero y Jorge Eliécer Gaitán, con espontánea gentileza, y que no ha negado ni sus diarios, ni sus tribunas públicas, a la expresión de sus ideas”. Recuérdese que el desaguisado de Gaitán con los comunistas mexicanos en el Anfiteatro Bolívar surgió más al calor de la disputa ideológica que como un acto premeditado de xenofobia. Gaitán tuvo a su disposición los diarios, las tribunas y la garantía de la libre expresión en México: él, sin embargo, desde su curul censura que Owen trabaje como relator de la Cámara; que sea mexicano y, finalmente, que exprese libremente sus ideas en su centro de trabajo: discriminación, xenofobia e intolerancia. A continuación, reproduzco la nota que he tratado de glosar hasta aquí:

UN ACCIDENTE DE TRABAJO

Muy pocos huéspedes hemos tenido en Colombia de la significación de Gilberto Owen, el poeta del grupo de Ulises de México –asombrosa aristocracia intelectual que brotó sobre la espuma dolorosa de la revolución con un sentimiento purísimo de arte–, quien, haciendo justicia a la nomenclatura de sus amigos, llegó a nuestro país atraído por un fenómeno excepcional de simpatía, en un golpe de mar de sus aventuras bohemias. Owen, autor de poemas y novelas, diplomático por azar, fue en Lima secretario de la legación de su país, y salió del Perú cuando se retiró la representación diplomática, a causa de un incidente con la dictadura de Sánchez Cerro, que acusó a la legación de simpatía por el grupo aprista. Owen, poeta al fin, quiso venir a Colombia a conocer la tan mentada Atenas, que él presentía cordial para un trabajador de la inteligencia. Para Owen no ha existido en todo el tiempo que ha estado entre nosotros un solo momento, distinto de los veinte minutos de la sesión de la Cámara que le dedicó ayer un representante, la sensación de extranjería que los intelectuales bogotanos no tuvieron ante él jamás, porque su carta de ciudadanía estaba en ser mexicano, y en ser poeta, que es una doble manera de ser simpático a Colombia.

Una circunstancia transitoria lo llevó a reemplazar en los relatos parlamentarios a uno de nuestros cronistas, circunstancia que es profundamente respetable, y que no ha sorprendido en una Cámara de caballeros a ninguno de los que allí representan al pueblo colombiano. Algún involuntario olvido o una incidental ausencia de adjetivos que suele perturbar la sensibilidad de muchos, hizo ayer a Owen víctima sorprendida de un ataque. Y se dijo de él lo que más puede dolernos a quienes hemos querido que Owen tenga en Colombia una patria, como la suya, generosa y cordial. Como el México que ha recibido a todos los jóvenes colombianos de una manera excepcionalísima por su amplitud, su hospitalidad gallarda, su masculina amistad. Como el México que fue patria de Barba Jacob, de Jorge Zalamea, de Germán Pardo García, de Luis Enrique Osorio, de Rómulo Rozo, de Mario Santa Cruz, para no citar sino algunos de los intelectuales colombianos que han vivido en ella, gozando de los derechos y las prerrogativas que en otros países sólo se conceden a los nacionales. Como el México que ha recibido a nuestros visitantes ilustres, como Nieto Caballero y Jorge Eliécer Gaitán, con espontánea gentileza, y que no ha negado ni sus diarios, ni sus tribunas públicas, a la expresión de sus ideas.

El incidente no tiene importancia. Un acto de mal gusto, un acceso de xenofobia áspero e injustificado. Pero que nos da pie para desagrar a nuestro amigo Owen de un accidente de trabajo, a nuestro servicio, que no dejará en su alma recta de caballero y mexicano ningún pliegue de disgusto o amargura. (5)

En términos semejantes, Germán Arciniegas coincide con el autor de “Un accidente de trabajo” y desarrolla sus argumentos para infamar al detractor de Owen. En “Un criterio inaceptable”, Arciniegas hace, primero, un recuento del hecho que motivó la polémica, lo que me llevó a revisar las relatorías previas y dar con el inicio de la querrela parlamentaria entre Ruiz y Gaitán, aparecida el 16 de septiembre, donde Owen habría visto como triunfador a Ruiz. Luego, Arciniegas defiende la libertad que tienen los periódicos para designar a sus colaboradores y publicar lo que consideren conveniente, y no con la anuencia de los aludidos. Por último, censura la actitud de Gaitán porque contradice el ánimo hispanoamericanista que privaba entre la “nueva gene-

ración”. Así, el autor de *El estudiante de la mesa redonda* no sólo sostiene que “quienes llevamos tan adentro el sentido de la solidaridad hispanoamericana, no podemos hallar explicación que justifique el gesto de nuestro compañero Gaitán” y concluye con la firme denuncia de la actitud inaceptable del ilustre muerto del *bogotazo*: “con toda nitidez y en este instante propicio, dejamos constancia los de la nueva generación de nuestra fe hispanoamericana, condenando las palabras que el doctor Gaitán pronunció contra Gilberto Owen”. Ahora, reproduzco lo que me parece una defensa impecable que, hasta donde he leído, nadie se atrevió a rebatir:

UN CRITERIO INACEPTABLE

Ya el público conoce la querrela promovida por el doctor Jorge Eliécer Gaitán contra don Gilberto Owen. El señor Owen, como es posible que muchos ya lo sepan en Bogotá, es un joven literato mexicano, de gran prestigio entre los escritores nuevos de su patria, conocido de los círculos intelectuales de toda América, y que trae como respaldo de su nombre una obra valiosa y una bella vida. El señor Owen escribe ahora en *El Tiempo*. *El Tiempo* se honra contándolo entre el número de sus trabajadores. Entre los muchachos que todas las noches le consagran sus vigiliias al periódico, Owen es un compañero, un camarada en quien nadie ha visto, nadie ha podido ver ni un intruso, ni un extranjero, ni un extraño.

El doctor Gaitán ha mirado la camaradería que reina entre el mozo mexicano y nosotros, con desvío. El doctor Gaitán se resintió porque el señor Owen fue comisionado por la redacción de *El Tiempo* para hacer los relatos de la Cámara. El resentimiento hubo de manifestarse un día porque el cronista dijo que un discurso de Mario Ruiz, Ruiz había rebatido victoriosamente cualquier tesis del doctor Gaitán. Parece que en concepto del doctor Gaitán la victoria había sido suya y no de su contrario, y desde este momento declaró que era inaceptable el que un “gacetillero extranjero” viniera a Colombia a hacer debates parlamentarios. La declaración oficial de este disgusto fue hecha antier por el doctor Gaitán en términos vehementes, pidiendo que se dejase una constancia en el acta y en los anales de la Cámara de su protesta por las versiones que estaba dando en *El Tiempo* el “gacetillero extranjero”.

El incidente me parece absolutamente pequeño, completamente mezquino y sólo digno de anotarse por lo que adelante diré. Pequeño y mezquino porque la Cámara no tiene nada que ver en el trato que le den los periódicos de la calle a los miembros de la corporación. Ellos, que son políticos y que tienen que sufrir los rigores de la lucha, pueden defenderse por la prensa o hacer que sus obras les coloquen por encima de todo ataque o comentario. Es una cuestión personal por cuya causa no debe distraerse la atención de un organismo tan costoso como el parlamento. De mí sé decir que he recibido mayores agravios que los inferidos al representante Gaitán, y que nunca he llevado mi queja a la corporación. De lo que yo digo en la Cámara hace cada diario lo que le da la gana, y yo cuando más me río de las relaciones. Tal vez me favorece la circunstancia de que no he creído jamás que mis palabras formen una obra digna de pasar a la historia.

Para el doctor Gaitán es extraordinariamente grave el que los reporteros de los periódicos califiquen los discursos, o que no los reproduzcan en su integridad, al hacer las relaciones, o que cometan desvíos al reconstruirlos. Desgraciadamente, esto ocurre en todas partes, yo fui cronista del Congreso en el año pasado e hice de él una novela. Y estoy seguro de que Dios me libró de ser ecuánime en las páginas de ese libraco. Lo mismo se hace en todas partes. Si al doctor Gaitán le hubiese tocado actuar en las cortes españolas cuando eran cronistas de los periódicos madrileños Fernando Flórez o Azorín, habría tenido que soportar cosas peores a las que puedan deslizarse hoy en las columnas de *El Tiempo*. Y qué hubiera sido si él naciera lusitano en los tiempos de Eça de Queiroz! Como he dicho, la prensa es cosa brava, y tal vez el doctor Gaitán no deba sino gratitud hacia los periódicos liberales que siguen estimándolo y elogiándolo, a pesar de las veleidades que ha tenido para con ese partido liberal que [le] trajo a la Cámara de representantes.

Pero lo que le ha fastidiado al doctor Gaitán es el carácter de extranjero del cronista que le atribuyó a Mario Ruiz una victoria sobre sus discursos. Sobre esta materia sí no es posible para los jóvenes de la nueva generación aceptar la tesis del doctor Gaitán. Aquí el mexicano no es extranjero, como no lo es en Méjico el colombiano. Nosotros sostenemos la comunidad de intereses, de espíritu, de criterio que nos permite decirle a cada hispanoamericano que es uno de los nuestros. El doctor Gaitán, en este punto, ha

traicionado el sentimiento de las nuevas generaciones. Sería insensato, cuando menos, retribuir en esa forma la gallardía de los aztecas que nos han aceptado a Ricardo Arenales, a Osorio, a Germán Pardo García como directores y gerentes de periódicos de allá. Sería torpeza, locura, imponer un criterio semejante cuando sabemos que es gracias a esta comunidad de las repúblicas hispanas como hemos visto surgir continentalmente a Sanín Cano, sobre el pedestal de *La Nación* de Buenos Aires, en Venezuela, en el Ecuador, en todas las repúblicas del continente, nuestros periodistas han tenido hogares para sus ideas y puestos de lucha, de combate, que les han permitido vivir íntimamente las vidas de esos países, sin tener que ocultar nada, ni medirse, ni guardarse, porque cada república en la comunidad hispana es una república propia para el colombiano, en donde éste puede actuar con todo desenfado.

Si nosotros perdemos ahora, y justamente ahora, el sentido de esta solidaridad continental, si echamos a perder nuestras amistades internacionales, conduciendo la vida por cauces tan estrechos y celosos, a dónde iremos a buscar ese respaldo de amistad y de cordialidad, ni quién podrá estimarnos si tenemos tales gestos de rechazo para con nuestros más próximos hermanos en las sangre y en la historia. No sé si el sentido que tengo de la amistad pueda conducirme a veces a darle un valor extraordinario a ciertos incidentes menudos en la vida de las naciones. Es posible que con la edad madura vayan borrándose esas líneas de unión que nosotros vemos desde la juventud tan nítidas y tan prometedoras. Pero yo siento en el alma —si es que la tengo!— que las manos de los hispanoamericanos jóvenes que ahora se estrechan cuando cualquier circunstancia pone cerca a los unos de los otros, forman una cadena que es más segura que los tratados para la paz de la América futura.

Quienes llevamos tan adentro el sentido de la solidaridad hispanoamericana, no podemos hallar explicación que justifique el gesto de nuestro compañero Gaitán. Yo quiero creer que él mismo se ha traicionado, posiblemente bajo la presión de circunstancias personalísimas. De otra suerte sería inexplicable que nos hubiese acompañado ayer nomás a suscribir el proyecto de senadores hispanoamericanos de que es autor el maestro Sanín Cano, para negar ahora todo el sentido de esa iniciativa al primer incidente del camino. Pero en todo caso, con toda nitidez y en este instante

propicio, dejamos constancia los de la nueva generación de nuestra fe hispanoamericana, condenando las palabras que el doctor Gaitán pronunció contra Gilberto Owen (4).

RÉPLICAS

Quizá avergonzado por su acusación, Gaitán no asistió el 5 de octubre a la sesión vespertina de la Cámara; no obstante, envió una “Constancia” que fue leída en el pleno, como lo testimonia el relato levantado por Owen para el edición de *El Tiempo* del 6 de octubre: “Antes de continuar el orden del día, numerosos representantes pidieron se hiciera aparecer en el acta la constancia que en otro lugar de esta misma edición publicamos, relacionada con los ataques que el representante Gaitán hiciera en la sesión anterior contra el cronista de este diario, a quien reprocha el ser mexicano”. (“La Cámara discutió”, 15)

Si bien se anuncia que la constancia que Gaitán envió a la Cámara se publica “en otro lugar de esta misma edición”, no apareció el 6, sino el 7, reforzada por otra constancia del representante Anacreonte González que abunda sobre las tergiversaciones en que Owen, el relator, habría incurrido. Primero la de Gaitán:

CONSTANCIA DEL R. GAITÁN

“En relación con la observación del representante González debo expresarle que es una realidad obligante la de que la Cámara presta siempre atención a mis modestas observaciones y que está bien que así sea hasta con el último de los miembros de la corporación, pues sólo así podrá darse solución consciente a los problemas.

Aprovecho la oportunidad, para hacer una observación que a todos interesa. Las relaciones de las cámaras deben ser siempre reproducidas con exactitud por la prensa. Desgraciadamente he venido observando que, desde la ausencia lamentable del doctor Oliverio Perry, gran caballero y amigo, encargado antes de las relaciones parlamentarias de *El Tiempo*, se viene allí mutilando, tergiversando o suprimiendo lo que algunos representantes expresamos aquí, por la persona extranjera que actualmente las hace y que al mismo tiempo que es empleado de aquel periódico recibe sueldo por cuenta del Erario Público en esta Cámara.

“Yo bien sé, y así lo reconozco gustosamente, que no es culpa de aquel periódico, pues allí con toda gentileza se me ha ofrecido campo para mis publicaciones. Lo que sí puedo afirmar es que estos procedimientos son indebidos y que lo será siempre criticable el que los dineros del Estado sean entregados sin la retribución de un servicio” (3).

En el mismo recuadro se encuentra la otra constancia que vendría a reforzar o a legitimar —según se vea— las acusaciones de Gaitán, aunque con un tono más mesurado y sin el tinte xenofóbico que tanta mella hizo en la conciencia de Arciniegas y los amigos de Owen, como lo confirman “Un accidente de trabajo”, “Una actitud inaceptable”, la constancia de algunos representantes de la Cámara y la carta de Luis Enrique Osorio:

CONSTANCIA DEL R. ANACREONTE GONZÁLEZ

“El suscrito representante hace constar que en el discurso que pronunció en la sesión de ayer, señaló a un elemento extraño a la Cámara como autor de ciertas labores ocultas de oposición al proyecto sobre cooperativa bananera, lo cual explica por sí solo que no [puede] referirse al H. R. Jorge Eliécer Gaitán. Asimismo hace constar que no hizo al citado representante el cargo personal de asaltar posiciones para capitalizar en su propio lucro las necesidades del proletariado.⁵

Esta constancia caballerosa y espontánea obedece a una errada información que aparece publicada en el periódico *El Tiempo*, de fecha de hoy [6 de octubre de 1933]. Anacreonte González” (3)

Gaitán, por su parte, también recibe apoyo de otro representante que, como González, se siente afectado y malinterpretado por Owen; me refiero a Faraón Pertuz, cuya aclaración busca confirmar veladamente los dichos y justificar los aspavientos de Gaitán:

⁵ En su relatoría de la sesión camaral del 5 de octubre, publicada al día siguiente, Owen atribuye a Anacreonte una afirmación que motiva la constancia citada: “Hay numerosos caciques políticos, como el doctor Gaitán, que se amparan en un sospechoso chauvinismo para asaltar posiciones capitalizando para su propio medro las necesidades del proletariado. // Lamenta verdaderamente que no esté el representante unirista, que está acostumbrado a hacer cargos difamatorios que no podrá comprobar nunca, contra los productores del Magdalena” (1933c, 15).

Bogotá, octubre 6 de 1933.

Señor director de *El Tiempo*.

Muy distinguido amigo:

En el relato de la sesión de ayer de la Cámara que publica *El Tiempo*, se pone en boca mía la siguiente frase “que he ido a combatir el proyecto” (el de la Cooperativa Bananera),⁶ y por eso le pido hospitalidad para los siguientes renglones:

Cuando el R. Anacreonte González habló de sugerencias maliciosas que se hacían correr; de ciertos velos que cubren la oposición a ese proyecto, y de que hay determinados intereses en juego, manifesté seguidamente que mi intervención en la consideración de ese proyecto no obedece a sugerencias de nadie, que soy hombre libérrimo, que me guío por mi propio criterio; que procedo por mi propia cuenta, que tal intervención está basada en el más absoluto desinterés y que todas las intervenciones que he tomado en los asuntos de interés público jamás me han inspirado el menor motivo de lucro.

En la exposición que hice anteayer en la Cámara fui lo bastante nítido: no soy enemigo de que el congreso, ojalá sin acudir al recurso de las facultades extraordinarias, solucione la situación de los productores de banano del Magdalena; a mi juicio la crisis que ellos padecen —y esto es conveniente que lo sepa el país— la origina principalmente la extorsión agravada, según concepto público del representante del mismo departamento del Magdalena, por el arrendamiento del ferrocarril de la nación a la United Fruit Co.

Soy muy cordialmente su amigo,

Faraón Pertuz. (10)

CONTRARRÉPLICAS

La polémica no queda, sin embargo, en las réplicas de Gaitán y los otros dos representantes supuestamente afectados, González y Pertuz. Antes bien, generó otros documentos en defensa de Owen,

⁶ El texto al que dedica su réplica el representante Pertuz rezaba así: “El representante Pertuz manifiesta que él es libérrimo, y que ha ido a combatir el proyecto sin sugerencias de nadie, sino por su propia cuenta. El doctor Anacreonte González aclara que no se refiere a él, sino a un personaje que no se encuentra en el recinto” (Owen, “La Cámara discutió”, 15).

por lo que cuantitativamente habría recibido mayor apoyo que su contendiente, tanto que el 20 de octubre es confirmado en su puesto de relator de la Cámara, lo que habla de la confianza que depositaron en Owen los dueños de *El Tiempo*: no cedieron a las acusaciones de Gaitán. Antes bien, lo protegieron porque publicaron antes los textos en defensa de Owen y luego los que lo censuraban, aun cuando parecen haber llegado antes a la redacción. Acaso instados por Arciniegas, el mismo 6 de octubre se publican una constancia y una carta solidarias con la causa de Owen. La constancia se halla firmada por 15 representantes y destaca las cualidades del rosarino, así como la incongruencia entre el espíritu de la Cámara y los insultos de uno de sus representantes:

En la sesión de ayer de la Cámara de Representantes, fue incluida la constancia que a continuación publicamos, en relación con las palabras pronunciadas en la sesión anterior por el R. Gaitán, quien atacaba, personalmente y como redactor parlamentario de *El Tiempo*, a nuestro compañero Gilberto Owen. La constancia incluida en el acta dice lo siguiente:

“Los suscritos representantes dejamos en el acta de este día la siguiente constancia:

Hemos escuchado con profunda extrañeza, y no aprobamos en manera alguna, las palabras proferidas ayer en esta corporación, que creemos tampoco las aplaude, contra uno de los valores más selectos de la nueva generación intelectual de México, cuyo nombre figura en puesto de honor en las letras americanas y con cuya visita a Colombia se siente complacida y honrada la mentalidad joven del país. Los suscritos consideran contrarias esas palabras a la hospitalidad tradicional de la cultura colombiana y al espíritu hispanoamericano que la guía, especialmente por tratarse en este caso de un digno representante de la inteligencia de México, generoso pueblo de la América española donde los intelectuales y artistas de Colombia han tenido en todos los tiempos la más cordial acogida.

Bogotá, 5 octubre de 1933.

José Vicente Combariza, Germán Arciniegas, Antonio Mondragón Guerrero, Mario Ruiz C., Edilberto Escobar, Guillermo Londoño Mejía, Carlos Lleras Restrepo, Moisés Prieto, Plinio Mendoza Neira, Rafael Parga, A. Salgar de la Cuadra, Alejo Vila Camacho,

Gerardo Molina, Carlos V. Rey, Luis A. Rebolledo.” (El Tiempo, “Constancia de la Cámara por los ataques a Gilberto Owen”, 15)

La última muestra a favor de Owen vino de un beneficiario de la hospitalidad mexicana, Luis Enrique Osorio, quien habría colaborado con un empleo público al mando de José Vasconcelos, quien junto con Puig Casauranc y Antonieta Rivas Mercado fungieron como mecenas de los Contemporáneos. Las palabras de apoyo no podrían haber sido más emotivas:

EL SEÑOR OWEN RECIBIÓ ADEMÁS LA SIGUIENTE CARTA DE LUIS ENRIQUE OSORIO:

“Me llega el rumor de que te insultaron por estar trabajando en Colombia sin ser colombiano. Permíteme poner un pequeño contrapeso en la balanza y decirte que a México, tu patria, tengo que agradecerle lo que aún no le debo a la mía. Fui empleado público de México y viajé de México a la Argentina y a la misma Colombia con una delegación universitaria que me dio el licenciado Vasconcelos. Durante mi permanencia en la capital azteca recibí la mejor acogida en la prensa y trabajé como redactor en *El Heraldo*, donde fui siempre tratado como un mexicano.

Ojalá que hubieras encontrado en esta tierra la misma hospitalidad que la tuya ha tenido para los escritores colombianos.

Amigo y compatriota de corazón,

Luis Enrique Osorio.” (Osorio, “[Carta a go]”, 15)

Por si no hubiera sido bastante con los testimonios que he citado *in extenso*, hay un texto firmado por Owen que, me parece, cierra con broche de oro esta desconocida polémica. Me refiero a “Punto de gracia”, publicado el 7 de octubre de 1933, en la sección “Cosas del Día”, p. 5. El escrito está dirigido a Enrique Santos, subdirector de *El Tiempo*, benefactor y amigo del autor de *Perseo vencido*. En su propia voz, Owen agradece el apoyo recibido y las muestras de amistad expuestas líneas arriba. “Punto de gracia” resulta una suerte de elogio de la amistad, en que la “modestia insospechada” aprendida por Owen en su reciente labor periodística lo vuelve apenas un mensaje (“mi naturaleza de

mensaje”, expresa en determinado momento). El itinerario de esta “señal de bote en bote” abarca amistades de todo el continente, así como la vida trashumante de Owen desde Nueva York hasta Bogotá: “desde el norte de Waldo Frank y de mis amigos de la New School of Research quería caerme hasta el ‘Sur’ de Victoria Ocampo; me tomaban entre sus manos y me moldeaban los de mi generación, Haya de la Torre o Lombardo Toledano, Benjamín Carrión o Combariza, Luis Alberto Sánchez o Arciniegas o Lleras Camargo”.

En “Punto de gracia”, Owen achaca sus preferencias políticas más a una tendencia natural que a una elección deliberada, como decía Gide: “uno no puede escoger su partido político, pues sensibilidad e idea se encargan de imponérselo”. Muestra del “sarampión marxista” que padeció en Sudamérica, “Punto de gracia” deviene una profesión de fe en la lucha hispanoamericanista. En Colombia, Owen encuentra a un grupo de gente que comparte, en general, su desencanto por las condiciones de los países hispanoamericanos, por lo que asienta jubilosamente al final de su escrito: “Ya somos los más. Aquí y en el país en que, siempre después de América, más me debo y más me esperan”. He aquí el texto íntegro con que Owen celebra la deferencia de sus amistades colombianas:

PUNTO DE GRACIA

Quiero, Enrique Santos, decir, con la mínima solemnidad de que me sabe dueño, que no voy ahora a empezar a llenar del “yo odioso” esta columna que me ha sido escuela trabajosa de una modestia insospechada, que sin vislumbrarme me deseaba desde siempre. Quiero también decir que al enterrar en su arena la cabeza, no pretendo inhibirme hasta lo impersonal acostumbrado –avestruz demasiado escéptico– pero lo que de mí se queda afuera se lo entrego a una deuda personal de gratitud que yo no voy a poder pagar nunca, así me juzguen preso en el vicio actual de las moratorias hasta nunca.

Sucede que un incidente que no recuerdo me ha valido el goce de constatar, otra vez y en más generoso caudal que nunca, un hecho que a descubrir o a provocar me salí hace seis años de México.

Creyendo que diferencias innegables que nos dividen eran espejo más del régimen social que del pensamiento general de los hombres de América, mis compañeros de todas partes se pusieron a hacerse señas de inteligencia, porque pensaban que debían ir ya conspirando contra esas diferencias. Yo me descubrí entonces vocación de ser una de esas señales en mi avidez de conocer y admirar.

Señal de bote en bote, sin casi nada de personal en el mensaje, sin más que unos ojos que se me iban colmando de paisajes con rostros, sin más que una voz reacia a la oratoria. Desde el norte de Waldo Frank y mis amigos de la New School of Social Research quería caerme hasta el “Sur” de Victoria Ocampo; me tomaban entre sus manos y me moldeaban los de mi generación, Haya de la Torre o Lombardo Toledano, Benjamín Carrión o Combariza, Luis Alberto Sánchez o Arciniegas o Lleras Camargo. Yo había aprendido en Gide que uno no puede escoger su partido político, pues sensibilidad e ideas se encargan de imponérselo; y yo sabía que no podía tampoco escoger a mis amigos pues mi naturaleza de mensaje habría de imponérmelos entre mis posibles correspondientes. Luego no podía quejarme de ello. Ciertamente alguna vez alguno cogía la señal entre las manos, pero no la entendía y la dejaba caer. A mí, personalmente, ¿cómo podía herirme?, y a los que me enviaban tampoco podía alcanzarles el desdén minúsculo de los que no hablaban el mismo idioma. En este juego apasionante, es decir, en esta lucha apasionante, he puesto mi vida; otra diferente parecería terriblemente a la vida de un jurista, que debe ser tremenda, el polvo y la ley lloviéndose sobre su inmovilidad de páramo.

Yo no sé, Enrique Santos, si este oscuro lenguaje de oráculo, que por miseria de otro he tenido que usar para estas líneas, podrán dar a mis amigos de Colombia todos la impresión exacta de mi alegría esta vez que al mensaje, como vengo a constatarlo, se han tendido tantas manos limpias.

Ya somos los más. Aquí y en el país a que, siempre después de América, más me debo y más me esperan. Éste es el hecho que venía a descubrir o a tratar, con mi amistad más denodada, de provocar. Y me regocija como nunca el haber preferido no ser nadie, por ser algo entre las manos de mis amigos (5).

He reproducido los textos de la polémica en su totalidad por dos razones: 1) porque la mayoría de los estudiosos de la vida y

obra de Owen desconocen el episodio referido y 2) porque se trata de una serie de documentos donde sale a relucir el espíritu de la época y su práctica en vivo. Así vista, la polémica no sólo hace converger a tres intelectuales destacados de Hispanoamérica, sino sus posiciones ante los eventos continentales: Owen y Arciniegas como practicantes del hispanoamericanismo en boga; Gaitán, por su parte, deja al descubierto la egolatría que lo llevó a manifestar opiniones xenófobas indefendibles. No resulta gratuito que éste haya creado un partido casi unipersonal, la Unión Nacional de Izquierda Revolucionaria (UNIR), cuya vida fugaz (1933-1935) dejó en el desamparo a sus adherentes obreros y campesinos. Con ello, tuvo como contrincante natural a los comunistas, antes que a los liberales o los conservadores. Owen, como se sabe, durante su estancia sudamericana manifestó preferencias por la izquierda política. Así, luchó contra la oligarquía al lado de los apristas comandados por Haya de la Torre en Perú; en Ecuador, participó en la fundación del Partido Comunista Ecuatoriano y en Colombia, en fin, aligeró su radicalismo y se inclinó por el liberalismo en ascenso durante los años treinta.

El desencuentro entre Owen y Gaitán pudo deberse a las diferencias ideológicas entre ambos: uno, denodado defensor de la modestia y la invisibilidad, se inclinaba por el panamericanismo y la revolución que había vivido en carne propia en México; el otro, orgulloso de sus habilidades oratorias y legaloides, por una izquierda no coincidente con los socialismos o comunismos en boga. Lo decisivo del episodio reconstruido, a más de poner a Owen en la escena, permite revalorar el poligrafismo de los Contemporáneos, en general, y de Owen, en particular, una faceta que le permitió sobrevivir, ya como secretario de la Legación de México en varios países, ya como redactor y traductor de *El Tiempo* o cronista de la Cámara de Representantes, además de cumplir con sus funciones de narrador, crítico y poeta renombrado. Al amparo de los hechos, el autor de *Línea* resulta más enigmático, no únicamente desde la crítica literaria sino desde la perspectiva biográfica.

BIBLIOGRAFÍA

Anónimo

- 1933 “Dos incidentes sin importancia”, *El Tiempo*, 18 de febrero, p. 5.
1933 “La redacción de *El Tiempo*”, *El Tiempo*, 20 octubre, p. 5.
1935 “La redacción de *El Tiempo*”, *El Tiempo*, 23 de mayo, p. 5.
1935 “Cómo se hace un número de *El Tiempo*”, *Tercera Sección, El Tiempo*, 7 de agosto, p. 6
1935 “La prensa de ayer y la de hoy”, *El Tiempo*, 8 de agosto, p. 5
1935 “Un accidente de trabajo”, *El Tiempo*, 5 de octubre, p. 5.

Arciniegas, Germán

- 1933 “Un criterio inaceptable”. *El Tiempo*, 6 de octubre, p. 4.

Cajero, Antonio

- 2011 *Gilberto Owen en Estampa. Textos olvidados y otros testimonios*. México: El Colegio de San Luis.

El Tiempo

- 1933 “Constancia de la Cámara por los ataques a Gilberto Owen”, 6 de octubre, p. 15.
1933 “Las constancias de los RR. J. E. Gaitán y A. González P.”, 7 de octubre, p. 3.

García, Celene y Antonio Cajero (eds.)

- 2009 *Gilberto Owen en El Tiempo de Bogotá, prosas recuperadas (1933-1935)*. México: Porrúa-UAEM.

Osorio, Luis Enrique

- 1933 “Carta a Gilberto Owen”, *El Tiempo*, 6 de octubre, p. 15.

Owen, Gilberto

- 1933 “La mayoría liberal de la Cámara triunfó brillantemente en el debate internacional”, *El Tiempo*, 16 de septiembre, pp. 1, 15, 16.
1933 “Se inició el estudio de la ley de la cooperativa bananera”, *El Tiempo*, 5 de octubre, pp. 10 y 13.
1933 “La Cámara discutió sobre la caja de crédito ayer”. *El Tiempo*, 6 de octubre, pp. 1 y 15.

- 1933 “Punto de gracia”. *El Tiempo*, 7 de octubre, p. 5.
1933 “Una aclaración del R. Faraón Pertuz”. *El Tiempo*, 7 de octubre, p. 10.
1979 *Obras*. México: FCE.

Quirarte, Vicente

- 2004 “Gilberto Owen. Papeles dispersos”, *Letras Libres*, núm. 62, febrero, pp. 52-56.

PALABRAS CLAVE DEL ARTÍCULO Y DATOS DEL AUTOR

Gilberto Owen, *El Tiempo*, *cronista*, *polémica*, *periodista*

Antonio Cajero Vázquez
El Colegio de San Luis, AC
Parque de Macul, núm. 155
Fraccionamiento Colinas del Parque
San Luis Potosí, SLP, CP 78299
Teléfono: 444 8110101, ext. 4120
e-mail acajerov@hotmail.com